CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ESCENA TERCERA

GILBERTO y JUANA

GILBERTO

Yo también debo dejaros. Adiós, Juana. Dormid tranquila.

JUANA

¿No volveréis á casa conmigo esta noche, Gilberto?

GILBERTO

No puedo. Ya sabéis, pues antes os lo he dicho, que esta noche he de terminar un trabajo en mi taller. Un mango de puñal que he de cincelar para un tal lord Clanbrassil, á quien jamás he visto, y que me lo ha hecho pedir para mañana á primera hora.

JUANA

Entonces, buenas noches, Gilberto. Hasta mañana.

GILBERTO

No, Juana, un instante aun. ¡Ah, Dios mío! ¡Cuánto me cuesta separarme de vos, aunque sólo

sea por pocas horas! ¡Cuán cierto es que sois mi vida y mi encanto! Pero es preciso que vaya á trabajar. ¡Somos tan pobres! No quiero entrar porque me quedaría; y, no obstante, no puedo marcharme; ¡tan débil soy! Ea, sentémonos algunos minutos á la puerta, en este banco. Me parece que me será menos difícil marcharme que si entraba en la casa, y sobre todo en vuestro aposento. Dadme la mano.

(Se sienta y le toma ambas manos entre las suyas, mientras ella está de pie.)

Juana, ¿me amas?

JUANA

¡Oh! ¡Todo os lo debo, Gilberto! Lo sé, aun cuando me lo habéis ocultado por mucho tiempo. Muy pequeña aun, casi en la cuna, fuí abandonada por mis padres, y vos me recogisteis. Durante diez y seis años, vuestros brazos han trabajado por mí como los de un padre, vuestros ojos han velado por mí como los de una madre. ¡Qué sería de mí sin vos, Dios mío! Todo cuanto tengo, vos me lo habéis dado; todo cuanto soy, es obra vuestra.

GILBERTO

Juana, ¿me amas?

JUANA

¡Cuánto cariño el vuestro, Gilberto! Trabajáis día y noche por mí, os quemáis los ojos, os matáis. Y como si no fuera bastante, hoy también perdéis la noche. Y jamás una queja, jamás una palabra dura, jamás un ímpetu de cólera. Y, á pesar de ser tan pobre, tenéis compasión hasta de mis pequeños ca-

prichos de mujer, y los satisfacéis. Gilberto, siempre que pienso en vos se me saltan las lágrimas. Vos habéis carecido de pan alguna vez; yo nunca he carecido de adornos.

GILBERTO

Juana, ¿me amas?

JUANA

Gilberto, besaría vuestras plantas.

GILBERTO

¿Me amas? ¿Me amas? ¡Oh! Todo eso no me dice que me amas. ¡Necesito esta palabra, Juana! ¡Gratitud, siempre gratitud! ¡Oh! ¡Yo la pisoteo esa gratitud!. Quiero amor ó nada. ¡Morir! Juana, hace diez y seis años que eres mi hija, y ahora vas á ser mi mujer. Te había adoptado, quiero casarme contigo. De aquí á ocho días, ya lo sabes, tú me lo has prometido. Tú has consentido. Eres mi novia. ¡Oh! Cuando me lo prometiste, me amabas. ¡Oh, Juana! Hubo un tiempo, ¿te acuerdas?, en que me decías ¡te amo!, levantando los bellos ojos al cielo. Así te quiero siempre. Mas, hace algunos meses, me parece que algo ha cambiado en ti, y especialmente desde hace tres semanas en que el trabajo me obliga á ausentarme algunas noches. ¡Oh, Juana! Quiero que me ames. Ya estoy acostumbrado á ello. Tú, antes tan risueña, estás ahora siempre triste y preocupada, no fría, pobre niña, pues haces lo posible por no estarlo; pero comprendo bien que las palabras de amor no acuden á tus labios tan dulces y naturales como antes. ¿Qué tienes? ¿Es que ya no me amas? Yo soy un hombre

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

honrado, un buen obrero, no cabe duda alguna; pero preferiría ser un ladrón y un asesino, y ser amado por ti. ¡Juana! ¡Si supieras cuánto te amo!

JUANA

Ya lo sé, Gilberto, y lloro.

GILBERTO

¿De alegría, verdad? Dime que es de alegría. ¡Oh! Necesito creerlo. En el mundo no hay más que una cosa: ser amado. Yo no soy más que un pobre corazón de obrero, pero es preciso que mi Juana me ame. ¿Por qué me hablas siempre de lo que he hecho por ti? Una sola palabra de amor tuya, Juana, deja toda la gratitud de mi parte. Yo me condenaré y cometeré un crimen cuando quieras. ¿Tú serás mi mujer, verdad, y me amas? Mira, Juana; por una mirada tuya yo daría mi trabajo y mi inquietud, por una sonrisa mi vida, por un beso mi alma.

JUANA

¡Qué noble corazón el vuestro, Gilberto!

GILBERTO

Escucha, Juana. ¡Ríete, si quieres; pero estoy loco, estoy celoso! O creo estarlo. No te ofendas. De algún tiempo á esta parte, me parece que veo á algunos jóvenes señores rondar por aquí. ¿No sabes, Juana, que tengo treinta y cuatro años? ¡Qué desdicha para un miserable obrero torpe y mal vestido como yo, que ya no es joven, que no es gallardo, amar á una bella y encantadora niña de diez y siete años,

que atrae á los apuestos y jóvenes nobles dorados y emperifollados, como la luz atrae las mariposas! ¡Oh! ¡Cuánto sufro! ¡Jamás te ofendo ni de pensamiento, tan honrada, tan pura, tú, cuya frente apenas han rozado mis labios! Sólo encuentro alguna vez que te deleita demasiado el ver pasar los cortejos y las cabalgatas de la reina, y todos esos vistosos trajes de raso y terciopelo bajo los cuales hay tan pocos corazones y tan pocas almas. ¡Perdona! ¡Dios mío! ¿Por qué han de venir por aquí tantos jóvenes caballeros? ¿Por qué no he de ser yo joven, gallardo, noble y rico? No soy más que Gilberto, el cincelador. ¡Ellos se llaman lord Chandos, lord Gerard, Fitz Gerard, el conde de Arundel, el duque de Norfolk! ¡Oh! ¡Cuánto les odio! Y paso la vida cincelando para ellos empuñaduras de espada cuya hoja quisiera hundir en su pecho.

JUANA

¡Gilberto!...

GILBERTO

Perdón, Juana. ¿Verdad que el amor vuelve malos á los hombres?

JUANA

No, los hace buenos. Vos sois bueno, Gilberto.

GILBERTO

¡Oh! ¡Cuánto te amo! Cada día más. Yo quisiera morir por ti. Ámame ó no me ames, tú eres mi dueño. Yo estoy loco. Perdóname por todo lo que he dicho.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Es tarde. Tengo que dejarte. ¡Adiós! ¡Señor! ¡Qué triste es dejarte! Entra en tu casa. ¿Tienes la llave?

JUANA

No. Hace algunos días no sé qué es de ella.

GILBERTO

Toma la mía. Hasta mañana. Juana, no lo olvides. Hoy todavía soy tu padre; dentro de ocho días seré tu esposo.

(La besa en la frente y sale.)

JUANA, sola

¡Mi esposo! ¡Oh, no! ¡Yo no cometeré ese crimen! ¡Pobre Gilberto! Ese me ama, y el otro... ¡Habré preferido acaso la vanidad al amor! ¡Desdichada de mí! ¿De quién dependo ahora? ¡Oh! ¡No se puede ser más ingrata ni más culpable! Oigo pasos. Corro á encerrarme.

(Entra en la casa.)

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ESCENA CUARTA

GILBERTO; UN HOMBRE embozado en una capa y con un gorro amarillo en la cabeza.

(El hombre tiene asido á GILBERTO por la mano.)

GILBERTO

Sí, ya te reconozco; eres el mendigo judío que hace unos días ronda esta casa. Mas ¿qué quieres de mí? ¿Por qué me has asido de la mano y me has traído aquí?

EL HOMBRE

Porque lo que tenía que deciros, sólo podía decirlo aquí.

GILBERTO

Pues bien; ¿de qué se trata? Habla. Despacha.

EL HOMBRE

Escuchad, joven. Hace diez y seis años, la misma noche en que lord Talbot, conde de Waterford, fué decapitado á la luz de las antorchas, por cuestiones de papismo y de rebelión, sus partidarios fueron

destruídos en Londres mismo por los soldados del rey Enrique VIII. El tiroteo de los arcabuces duró toda la noche por las calles. Aquella noche, un joven obrero, mucho más ocupado en su tarea que en los azares de la guerra, trabajaba en su tiendecita. La primera á la entrada del puente de Londres. Una puerta baja á la derecha. Hay restos de una antigua pintura encarnada en la pared. Serían las dos de la madrugada. Batíanse por allí cerca. Las balas cruzaban el Támesis silbando. De pronto llamaron á la puerta de la tienda, por entre cuyas rendijas se filtraba la luz de la lámpara del relojero. El artesano abrió. Un hombre desconocido para él entró. Aquel hombre llevaba en brazos una niña envuelta en pañales, muy asustada y llorosa. El hombre le puso la niña sobre la mesa y dijo:—Esta criatura no tiene padre ni madre.—Luego salió lentamente y cerró la puerta tras de sí. Gilberto, el obrero, tampoco tenía padre ni madre. El obrero aceptó á la niña; el huérfano adoptó á la huérfana. La tomó, la veló, la vistió, la alimentó, la guardó, la educó y la amó. Entregóse completamente á aquella pobre criatura que la guerra civil arrojaba en su barraca. Por ella lo olvidó todo; su juventud, sus amores, sus placeres, é hizo de aquella niña el objeto único de su trabajo, de sus afecciones, de su vida, y hace diez y seis años que la cosa dura. Gilberto, el obrero, erais vos; la niña...

GILBERTO

Era Juana. Todo lo que dices es cierto; pero, ¿á dónde vas á parar?

EL HOMBRE

Olvidaba decir que entre las mantillas de la niña

había un papel prendido con un alfiler, en el que habían escrito estas palabras: *Tened compasión de Juana.*

GILBERTO

Estaban escritas con sangre. He conservado ese papel. Y le llevo siempre conmigo. Pero tú me torturas. ¿A dónde vas á parar?

EL HOMBRE

A esto. Ya veis que conozco vuestros asuntos. Gilberto, vigilad vuestra casa esta noche.

GILBERTO

¿Qué quieres decir?

EL HOMBRE

Ni una palabra más. No vayáis al trabajo. Quedaos en los alrededores de esta casa. Vigilad. No soy amigo ni enemigo vuestro, pero os doy este aviso. Ahora, para no perjudicaros vos mismo, dejadme. Marchaos por este lado, y acudid si oís que pido auxilio.

GILBERTO

¿Qué significa esto?

(Sale lentamente)

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ESCENA QUINTA

EL HOMBRE, solo

La cosa queda así bien arreglada. Yo necesitaba á algún hombre joven y robusto que pudiera socorrerme en caso urgente. Ese Gilberto es el hombre que me convenía. Me parece que oigo rumor de remos y de guzla en el río. Sí.

(Se acerca al pretil. Se oye una guzla y una voz lejana que canta:)

Cuando cantas, mecida
De noche entre mis brazos,
¿No oyes mi pensamiento
Que habla bajo, muy bajo?
Tu canto me recuerda
Mi día más feliz...
¡Canta, mi bella;
Canta, sin fin!

Al reirte, en tu boca
Entreábrese el amor,
Y la feroz sospecha
Se trueca en ilusión.
¡Ah! que la risa fiel
No cabe en pecho ruín...
¡Ríete, mi bella;
Ríete, sin fin!

Cuando duermes, tranquila,
De tu lecho en la sombra.
Se escapan de tu aliento
Palabras armoniosas.
Descúbrese tu cuerpo,
Sin velos, ante mí...
¡Duerme, mi bella;
Duerme, sin fin!

Cuando me dices: ¡Te amo!
Bella adorada, creo...
¡Creo que el cielo mismo
Se entreabre á mi deseo!
Se inflaman tus pupilas
De ardiente frenesí...
¡Ama, mi bella;
Ama, sin fin!

¿Lo ves? Toda la vida
En cuatro ideas cabe,
Los bienes más ansiados,
¡Los bienes sin los males!
Todo cuanto seduce,
Cuanto puede agradar:
¡Cantar, reir,
Dormir, amar!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

EL HOMBRE

Ya desembarca. Bien. Despide al barquero. ¡A maravilla!

(Viniendo al proscenio)

Ya viene.

(Entra Fabiano Fabiani embozado en su capa. Se dirige hacia la puerta de la casa.)